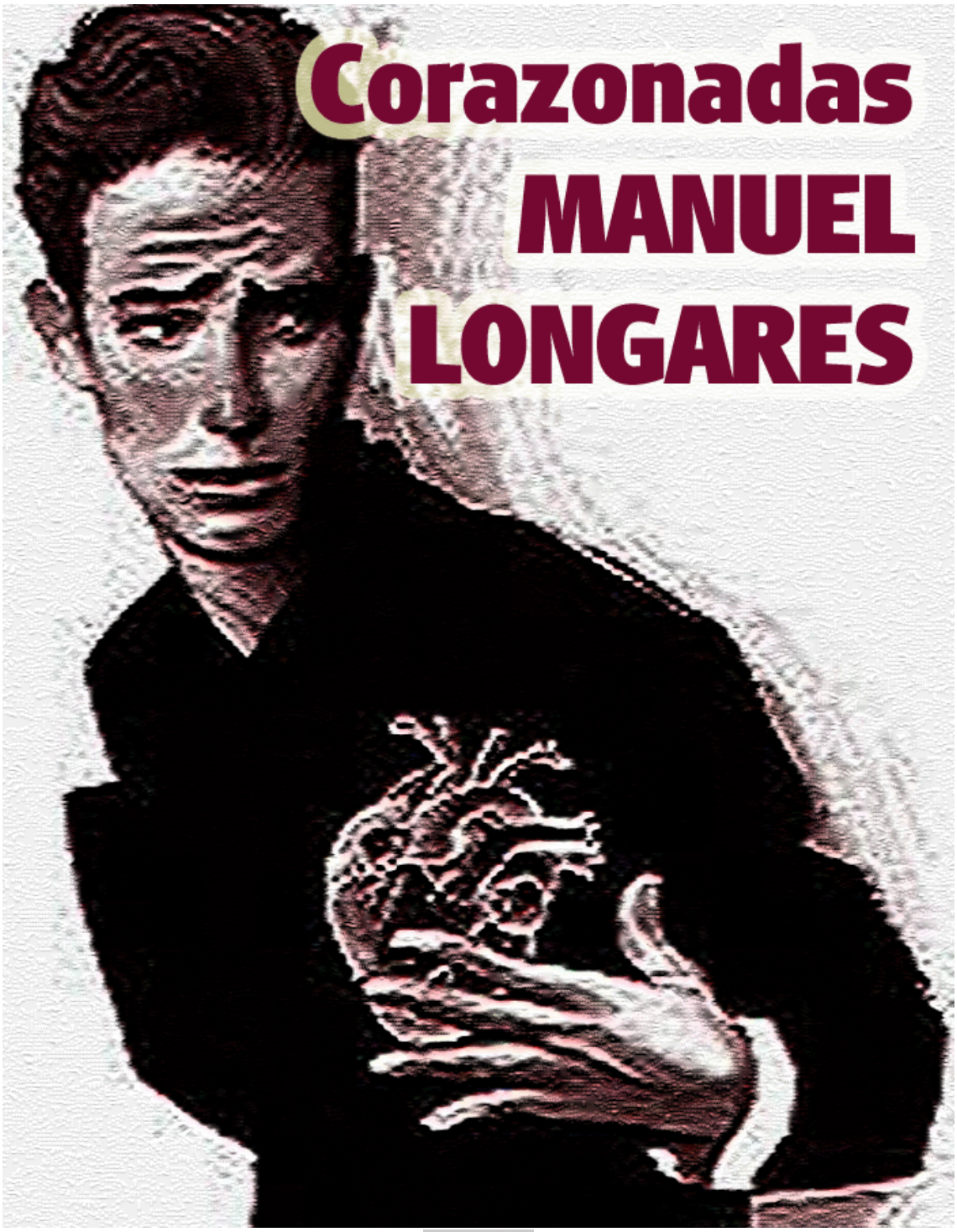
Corazonadas
MANUEL LONGARES



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

MANUEL LONGARES (Madrid, 1943) ha publicado, entre otras novelas, La novela del corsé (1979), Operación primavera (1992) y No puedo vivir sin ti (1995). Con Romanticismo (2000) obtuvo el Premio Nacional de la Crítica.

Éste era un barrio pacífico, desprendido, franco. Ya no lo es. La gente ha perdido temple y esa solidaridad de lengua y gesto que enalteció el sainete. Hoy las familias se espían, los matrimonios recelan, los conocidos se distancian. Nadie tiende la mano ni confía en el prójimo. Nadie oirá a la comadre en el balcón de geranios pedir sal a la vecina. Ahora ni las terrazas ni las azoteas se comunican, ya durante las fiestas no se comparten las colgaduras ni el chocolate con churros ni los bailes agarrados, ya dejaron de comentarse las novedades de la salud en la panadería o en el súper con el desparpajo inherente a la expresión sin mordaza. Ahora la gente va y vuelve del empleo con ojos bajos y cremallera en la boca, y aun dentro de su casa se aísla porque ni de los suyos está segura.

Los forasteros actúan de otra manera porque al fin y al cabo están de paso y arriesgan menos. También el que vive al día y sin pareja estable sale de noche a charlar con sus iguales junto a las farolas de Lavapiés. Son ellos los que abren las tabernas. Nadie del barrio las frecuenta ahora. Los dueños preferirían echar el cierre a consentir que en su barra de zinc, legendariamente liberal, se debata el escándalo que divide familias, vecinos y manzanas de casas.

Ni robo ni muerte ni sangre derramada de pariente supera en gravedad a lo ocurrido hace poco en este barrio fraterno y sin doblez. Desde entonces los sentimientos se guardan bajo siete llaves. Ese suceso revolucionario que sólo en la clandestinidad más estricta desata las lenguas de doble filo, ha roto una tradición de relaciones distendidas y abiertas.

Todo empieza a media tarde de un invierno benigno. De la calle Don Pedro, en el tuétano de Latina, arranca una ambulancia. Tendido en la camilla va el marido de María, su mano entre las de su esposa. Lleva suero y careta de oxígeno porque el corazón le falla. No es el primer infarto que sufre, como todo el barrio sabe, y en el hospital le confirman el diagnóstico.

El marido de María es hombre joven pero si no se arriesga al trasplante morirá. Su corazón nació débil y está muy estropeado. El marido de María queda internado en la zona de cuidados intensivos. María sale del hospital y toma un taxi. Comunica su dirección al taxista y enseguida lo lamenta: no quiere volver a casa y recordar la angustia que le han transmitido los ojos de su marido al despedirse.

Esa noche María quiere cambiar de aires, confraternizar con medio mundo, olvidarse del dolor, de su perfil neurótico y áspero. Absorta en sus pensamientos no se entera del accidente: a la altura del Viaducto el taxista frena, sale del vehículo y se arrodilla ante el cuerpo exánime. "Me buscó la ruina", comenta a la policía municipal que extiende un plástico sobre el atropellado.

María no es egoísta pero en estos momentos rechaza una preocupación distinta de la que le obsesiona. Con indiferencia observa la congoja del taxista, imagina, sin conmoverse, la mortificación de la familia del difunto. Y cuando se la reclama como testigo alega su situación de ánimo para retirarse.

Deja su dirección a la policía y sigue a pie por la calle de Bailén. La sensualidad de la primavera despunta en la tibia noche de invierno. Hasta allí sube la húmeda ansiedad del Manzanares. Dentro de tres meses, a las puertas del verano, ¿escuchará junto a su marido el rumor del río o recorrerá estos mismos parajes con el gravamen de su ausencia?

Como el palacio encantado de los cuentos infantiles aparece entre la neblina la casa de Marta. Y aunque María hubiera preferido pasar la noche con desconocidos en una discoteca y entre copas de vehemente champán, se acoge al hogar de este matrimonio sin hijos, receptivo y confortablemente discreto.

Son las diez de la noche cuando María pulsa el telefonillo del piso. Antes de que le responda Marta la recoge en sus brazos: acaba de comunicarle la policía que un taxi ha atropellado a su esposo en la calle de Bailén. Hacia allí se dirige y ruega a María que la acompañe. No sabe aún que su marido ha muerto.

Horrorizada de la coincidencia, María lleva a Marta hasta el Viaducto y piadosamente la sustituye en el reconocimiento del cadáver. Luego, dentro del taxi homicida y en el lugar que ella ocupaba cuando se produjo la catástrofe, seca las lágrimas de su amiga y trata de serenar su discurso incoherente.

La muerte que rondaba la casa de María ha visitado la de Marta. Pero si ésta vive su tragedia abrumada, María nota algún alivio en su pena, como si su aflicción cediera ante otra mayor. En la desgracia de María intuye el anticipo de lo que le aguarda cuando el corazón de su esposo deje de latir. Y para entrenarse en lo inevitable, cumple todos los trámites policiales que hace un momento pospuso.

El marido de Marta había donado sus órganos. Mientras el forense rescata sus vísceras María hospeda a Marta en su casa, notifica la defunción a familiares y amigos y la representa en el entierro. De madrugada, en el lecho conyugal de María, las dos mujeres se rinden a una fatiga que ya no provocan sus esposos.

Meses después el marido de María usa el corazón del marido de Marta. Enseguida, dice el cirujano, el trasplantado reanudará sus actividades con plena normalidad y a satisfacción de todos.

¿De todos? María teme comunicar a Marta la tremenda noticia de que la muerte de su esposo ha dado la vida a su marido. Y cuando se lo dice, queda frente a ella expectante y pesarosa, porque sabe que su alegría se alimenta de la tristeza de su amiga.

Pero Marta no se apena al escuchar a María, su rostro se ilumina con la buena nueva, hay en sus ojos más contento que en los de María. ¿Quién con más derecho para beneficiarse de este azar que la amiga desinteresada? ¿Acaso hay un destino mejor para el corazón de su esposo que el del marido de María?

El marido de María recibe el alta médica y un taxi le traslada a su casa de la calle Don Pedro por el mismo camino que utilizó la ambulancia para conducirlo al hospital. Al cruzar el Viaducto María aprieta la mano de su marido. Ahí donde murió la esperanza de Marta revive la ilusión de María.

La primera salida de María y su marido es a casa del donante. Una tarde cálida de febrero realizan su visita de pésame y de gratitud. El sol rotundo, el cielo despejado y la suavidad del aire presagian la bonanza de la estación florida. Deslumbra la bóveda de San Francisco y reverdecen las acacias en el paseo de los Melancólicos. Más allá de los cementerios y de la Ermita del Santo, justo donde la vista de pájaro, salvando los desniveles de la edificación caprichosa, remonta la cinta plateada de la M-30 y el Manzanares hasta tocar el horizonte, el Campo del Moro parece ampliar sus límites con la desaparición de las brumas.

La vida, cruel y benefactora, palpita en la brisa de cristal. A la luz de la tarde, la casa de Marta, encaramada en los precipicios del barrio judío, ofrece su referencia insoslayable, no como aquella noche aciaga en que la velaba el invierno.

Igual que entonces María avisa por el telefonillo. Pero esta vez la dueña responde y permite la entrada, por lo que María y su marido traspasan el portal, toman el ascensor, llaman al timbre de la viuda y aguardan con impaciencia que ésta les abra y reconozca al resucitado. Porque Marta no ha visto al marido de María desde que éste ingresó en el hospital con su corazón enfermo.

Un cerrojo se descorre y tras la puerta asoma Marta. Va discretamente enlutada y no necesita advertir que a sus espaldas no hay nadie. La casa de Marta exhibe el silencio de un despojo. Marta, muy pálida, abraza primero a María. Luego, al marido de María. En el rellano del piso, sin entrar todavía en la casa, los tres amigos permanecen abrazados, conmovidos de la fusión de muerte y vida.

¿Convienen estas emociones a los espíritus sensibles, fraternos, desinteresados? Acaban de sentarse los amigos en el sofá del comedor y no han desenredado aún su trenzado de recuerdos y coincidencias cuando Marta y el marido de María se atraen. Marta finge ocuparse de copas, tazas y vasos pero no puede ignorar la llamada del esposo de María. Y aunque cierra los ojos para resistirla, abre los brazos cuando él se levanta a estrecharla, impulsado por una vehemencia que no se gasta en palabras y que categóricamente desemboca en el lecho de la viuda.

Como anuncian los periódicos y murmuran los vecinos, dos corazones separados por el destino se reconcilian en flagrante adulterio para desesperación de María y estupor del barrio de Latina.

¿Progresa la ciencia a costa de los sentimientos? Más bien se acopla a sus dictados. Porque la lógica del amor consiste en que Marta recupere el corazón que la quería y María pierda los favores del corazón que no la amaba.

Una vez más, el amor sobrevive a las intrigas de la muerte. Pero el barrio de Latina, servicial, desprendido y jaranero, no lo entiende así. Y desde que conoció esta historia ha perdido la fe en sus semejantes y apenas sale de casa por miedo a las venganzas de la vida.

Relato publicado en El Periódico de Catalunya